

Feminismos, derechas radicales y giro afectivo

La masividad lograda recientemente por los movimientos de la nueva derecha radical constituye, sin dudas, uno de los temas centrales con los que intentan lidiar hoy la filosofía política y las ciencias sociales. Casi inevitablemente las explicaciones del fenómeno apuntan a señalar al orden afectivo-emocional como causa fundamental: ira, hartazgo, desilusión, miedo, asco, son identificados en tanto motores de la adhesión hacia estos movimientos hoy globales. Es frecuente que este tipo de argumento tienda a usar tal gesto hermenéutico como una forma de, no solo desideologizar los motivos de la adhesión, sino además de transformar el orden afectivo en una suerte de receptáculo donde lanzar todo aquello que no llegamos a comprender. O, en algunos casos, en una simple expresión del orden retórico identificado, erróneamente, como una instancia ajena a lo estrictamente político. Sin embargo, han sido las aproximaciones desde los feminismos las que han logrado ir más allá de ese mero señalamiento para explorar el rol de los movimientos antigénero —elemento nodal de las derechas radicales contemporáneas (Losiggio, 2021)— a partir de una exploración propia y sofisticada de la dimensión afectivo-emocional del fenómeno. Las siguientes líneas están dedicadas no solo a reconstruir esta discusión, sino también a señalar que esa capacidad del feminismo se debe a que, además de constituir una perspectiva pionera en la problematización de la cuestión, lo hizo siempre señalando la necesidad de la transformación activa del orden afectivo. Es decir, atender al hecho de que configuraciones afectivas como las cisheteropatriarcales que contienen y legitiman consideraciones políticas, distan de ser naturales y pueden —y deben— ser transformadas. La perspectiva feminista sobre las

Cecilia Macón

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires - Conicet
cecilia.macon@icloud.com

emociones/afectos permite entonces introducir una lectura radicalmente crítica sobre la cuestión. ¿Cómo lidiar con el uso reaccionario, antiigualitario y antifeminista de las pasiones/emociones/afectos? Es decir, ¿qué desafíos conceptuales representa, para una perspectiva feminista sobre los afectos y emociones, la irrupción en la escena política de distintos países de discursos y activismos explícitamente antigénero enmarcados en movimientos de la derecha radical, también llamados posfascistas? No se trata aquí entonces de señalar la circulación de determinados afectos y emociones, sino de dar cuenta del uso que de la dimensión afectiva se ejecuta desde estas derechas radicales a la hora de constituir un movimiento político eficaz. Un uso que, centralmente, tiende a identificar en ese orden un espacio estable, natural e inmodificable desde el cual impugnar cualquier movimiento emancipatorio alegando su puro artificio. Así, tal como intentaré explorar en estas páginas, las nuevas derechas radicales hacen de la vindicación de un orden afectivo supuestamente auténtico e indomable uno de los ejes clave de su propuesta y no ya estrictamente de su retórica. Se trata, de hecho, de un argumento que los feminismos han señalado como parte de los mecanismos de opresión cisheteropatriarcal desde sus inicios (Macón, 2021) y al que es necesario enfrentarse.

El marco político que obliga a los feminismos a retomar el debate sobre el rol político del orden afectivo-emocional en la arena pública y ya no solo en el ámbito académico es, entonces, el del surgimiento de las nuevas derechas, también llamadas derechas radicales (Strobl, 2022) o posfascistas (Traverso, 2021), en las que la vindicación de la exhibición y circulación de la dimensión estrictamente afectiva funciona como eje de las propias intervenciones antiigualitarias. Más allá del hecho de que todos los movimientos políticos se encuentran atravesados por la dimensión afectivo-emocional y que reducir la explicación/comprensión de la popularidad de las nuevas derechas a la cuestión afectiva —hay hartazgo, ira, descontento— es insuficiente, lo que me interesa subrayar aquí es el modo en que lxs propixs adherentes y lxs líderes de esos movimientos se justifican apelando a lo incontrolable, no captado y auténtico de los afectos, convirtiendo ese gesto en un contenido político *per se*. Es decir, que construyen su identidad, pero también la justificación de sus intervenciones apelando al orden estrictamente afectivo y, en particular, al visceral, refiriendo a la imposibilidad de su control y a los beneficios de la liberación de afectos que pretenden ser reglados por una cultura definida como “progresista” regida por pretensiones de igualdad que no son más que puro artificio.

Sabemos que el desarrollo y auge de las llamadas nuevas derechas en varias regiones del sur y del norte global han hecho del antifeminismo y del ataque a las comunidades LGTBICQ+ un eje central. La derogación de derechos que amparan la justicia reproductiva, la transfobia sistemática, la objeción de cualquier norma que pretenda intervenir en términos de paridad y el ataque a las políticas de cuidados definen gran parte de la retórica, pero también las políticas concretas llevadas a cabo por los gobiernos de Donald Trump en EE. UU., Javier Milei en Argentina, Georgia Meloni en Italia, Jaroslaw Kaczynski en Polonia, Viktor Orbán en Hungría y Jair Bolsonaro en Brasil. Ahora bien, ¿en qué medida esos propios movimientos se están ocupando de reorganizar la configuración afectiva cisheteropatriarcal? Y, ¿qué papel cumple en este proceso el uso de la definición del afecto como algo no captado por el lenguaje, tal como indican las versiones más ortodoxas del giro afectivo?

Intentar responder a estas preguntas obliga a un señalamiento crucial. La línea de investigación referida al giro afectivo ha sido utilizada frecuentemente para dar cuenta de movimientos políticos e intervenciones culturales de carácter emancipatorio —feminismos, ambientalismo, antirracismo, activismo LGTBICQ+, justicia social—. El surgimiento de las nuevas derechas y su encarnación, por ejemplo, en términos de una perspectiva explícitamente “antigénero” (Losiggio, 2021; Butler, 2024) obliga a desplazar el uso de ese marco conceptual a la hora de ponerlo en funcionamiento en el análisis de este movimiento político transregional. Implica también recordar que las versiones más ortodoxas del giro afectivo han vindicado siempre la distinción entre afecto y emoción. Se ha dicho que, mientras los afectos en tanto intensidades sensoriales remiten a una dimensión no-fijada, desestructurada, no coherente y no lingüística, las emociones suponen afectos atravesados por un lenguaje que los expresa de modo inacabado. De este modo, estrictamente hablando, los afectos representan una dimensión asociada a la experiencia corporal, muy especialmente el encuentro entre cuerpos. La idea de ‘autonomía’ del afecto no significa aquí que el afecto sea autónomo con respecto al pensamiento, sino que siempre hay algo del afecto que se escapa al lenguaje; hay —y habrá— inevitablemente un resto del afecto que no puede —ni podrá— ser absorbido. Así, desde esta perspectiva, el afecto es extralingüístico, presubjetivo, no-significante y no-consciente y, aun cuando puede resultar domesticado por el discurso, siempre habrá un resto que se le escapa. No se trata, dice Brian Massumi (2002), de una instancia innata o presocial, sino de una que no puede ser captada cabalmente

por los símbolos culturales (Solana, 2020: 33). En el caso de la emoción, lo indeterminado del afecto resulta fatalmente determinado, domesticado, fosilizado. Es, justamente, el uso de esta concepción del afecto el que aparece vindicado por el núcleo de la lógica de las nuevas derechas radicales.

Resulta importante recordar aquí que gran parte de las investigaciones recientes sobre la derecha radical han subrayado la dimensión afectivo-emocional del fenómeno a través de dos ejes centrales: uno, la nostalgia por un pasado imaginado y, otro, la irrupción de expresiones viscerales como la rabia y el hartazgo. Así, la politóloga alemana Natasha Strobl (2022) ha indagado en la lógica misma de la constitución de las nuevas derechas señalando que uno de los ejes fundamentales de este proyecto político es, tomando como base las investigaciones de Norberto Bobbio, el antiigualitarismo conservador; la desigualdad —de raza, género, clase— es aquí entendida como constitutiva de la sociedad (Strobl, 2022: 12). Es decir, natural y, en tanto tal, inevitable y deseable. Uno de los ejes tensionados de las nuevas derechas, según Strobl, es el vínculo entre un movimiento reaccionario hacia un pasado idealizado por el cual se siente nostalgia y el desarrollo de ideas utópicas ubicadas en un futuro lejano (Strobl, 2022: 14-15) sostenidas en una nueva sensación de seguridad (Strobl, 2022: 36). Es decir, la constitución de una utopía que restaura un modo reificado de la supuesta experiencia del pasado sostenida en la desigualdad. De acuerdo con Strobl, el rol central del líder, el debilitamiento de los partidos políticos y la lógica martiriológica forman parte central también de sus características.

En un trabajo sistemático dedicado al tema, Enzo Traverso (2021) se ha ocupado de discutir las características de las nuevas derechas transregionales en términos de *posfascismo* apelando a la pervivencia de la naturalización de experiencias pasadas. Se trata de un concepto que busca describir a movimientos que se han emancipado del fascismo clásico, aunque en la mayoría de los casos lo conserven como matriz (Traverso, 2021: 24). Implica además el desarrollo de ideas políticamente reaccionarias y socialmente regresivas que buscan llenar el vacío dejado por la política desprovista de sentido y reducida a lo impolítico. En su análisis de la dimensión temporal del fenómeno, Traverso describe además el presente en términos de una crisis de hegemonía asociada a un debilitamiento de la idea de futuridad (Traverso, 2021: 19) que es, de algún modo, la del deseo. En un punto, entiendo, es el deseo de una restauración, pero de una que parte de una naturalización de experiencias y categorías pasadas o imaginadas y es capaz de sacar a la luz los deseos y afectos supuestamente silenciados por el “progresismo” y

la “ideología de género”. Así, la dimensión afectiva resulta estrechamente vinculada a la gestión de un tiempo que define su utopía como una restauración ciega de un pasado imaginado.

La búsqueda de una explicación de estos fenómenos políticos en términos afectivo-emocionales ha llevado también al desarrollo de estudios de campo sistemáticos que resultan útiles a la hora de desplegar el argumento central de estas páginas. Así, la socióloga franco-israelí Eva Illouz ha hecho foco en la dimensión emocional del populismo centrándose en el caso del líder israelí Benjamin Netanyahu y su partido Likud (Illouz, 2023). A través de una serie de entrevistas, desarrolladas a lo largo de varios años, Illouz saca a la luz el rol que tienen el miedo, el asco, el resentimiento y el amor, en el apoyo de los sectores populares a la derecha israelí, estableciendo algunos puntos de comparación con su expresión en otros países. Las marcas del trauma sufrido por esos sectores a lo largo del tiempo explican, a través de la circulación y uso de esas cuatro emociones públicas clave, la lógica hipermasculinista y autoritaria sostenida en el enfrentamiento excluyente y en un cuerpo colectivo imaginario. A su trabajo de campo, Illouz suma una discusión conceptual sobre las cuatro emociones clave que, según su perspectiva, permiten explicar el fenómeno en el contexto de determinados usos y circulaciones. Es la exhibición de esas emociones —no *per se*, sino en ciertos contextos— y no el orden emocional-afectivo en general aquello que bloquea la comprensión (Illouz, 2023: 64), la fraternidad y la responsabilidad compartida erosionando así la democracia e instalando el autoritarismo. Es, justamente, aquello que alegan sus protagonistas, en relación con las emociones involucradas, lo que les permite justificar su adhesión a una derecha radical. Se trata siempre, desde la propia interpretación de los testimonios recogidos por Illouz, de una exhibición desembozada de experiencias afectivas que, de algún modo, *lxs* exceden.

La intervención de los feminismos en esta discusión se inició dentro de los propios activismos; en particular, en el marco de la elección de Donald Trump en 2016, de Jair Bolsonaro en 2018 y de Viktor Orbán en 2010. En 2019, la revista *Signs* dedicó un número especial al vínculo entre movimientos antigénero y las nuevas derechas bajo el título “Gender and the Rise of the Right”, donde se abrió la discusión sobre el lugar central que, a la manera de un significante vacío, tiene el concepto de *ideología de género* para el desarrollo de las ultraderechas. A lo largo de esas páginas, se analiza el modo en que este movimiento global se ha ocupado de movilizar miedos y ansiedades (Graf *et al.*, 2019: 543) generadas por las reformas neoliberales y

las élites progresistas. Asociados a exclusiones raciales y culturales (Graf *et al.*, 2019: 544), los movimientos antigénero —insisto, núcleo central de las distintas versiones de la derecha radical— combaten aquello que perciben como un discurso moderno y afirman su nostalgia por un tiempo más pacífico y armónico (Graf *et al.*, 2019: 546). Esto, a través de la hipermasculinidad (Graf *et al.*, 2019: 547), pero también de una retórica supuestamente “promujer” orientada a legitimar la transfobia. Según la reconstrucción desplegada a través de este Dossier fundacional para la discusión, se trata del ejercicio de la resistencia a la desnaturalización (Graf *et al.*, 2019: 548) instrumentado por mecanismos nostálgicos y por una emoción/afecto clave para esta discusión como es la ansiedad presentada en términos de una experiencia imposible de manejar o disciplinar. Es que el vínculo con la incertidumbre asociado a la ansiedad y al pánico moral (Young, 2011) evoca una emoción expectante en la que colapsa una familiaridad cotidiana y expresa “la anticipación de un evento vago y amenazante” o un sentimiento de suspenso inquieto (Ahmed, 2004: 124) asociado al diferimiento, la anticipación (Ngai, 2007: 210) y la desorientación corporal (Ngai, 2007: 237). Es decir, que el miedo, el pánico, la rabia o el asco se instalan como emociones respaldadas por una ansiedad asociada a una incertidumbre que intenta ser conjurada a través de la evocación de la visceralidad de ciertas emociones/afectos. En el caso de los movimientos de los que se intenta dar cuenta aquí, la vindicación visceral de la desigualdad y el ataque a las políticas igualitaristas interpretadas como puro artificio definen una búsqueda por la conjuración de la incertidumbre sostenida en la construcción de una certeza que puede identificarse con el pasado pero también con una suerte de utopía fuera del tiempo.

Es en esta senda que las recientes investigaciones de Clare Hemmings (2022; 2023) y Judith Butler (2024) en torno a los activismos antigénero han puesto en discusión su vínculo con la dimensión afectiva y con la temporal impulsando así una discusión fructífera sobre el marco conceptual en sí mismo además de hacer uso de las categorías del giro afectivo para discutir el fenómeno. No para explicar de manera parcial su origen, sino en tren de señalar de modo crítico el uso de esa trama por parte de quienes se identifican con esa tradición política.

Así es como Hemmings (2020, 2022) se ha ocupado de investigar los ataques antigénero en su vínculo con perspectivas racistas y antiinmigratorias producidos bajo el marco de, en sus términos, la ultraderecha. Uno de sus argumentos se centra en explorar la lógica afectiva de los movimientos

antigénero basada en la fantasía de poder volver atrás en el tiempo y vindicar la distinción sexo/género. Siguiendo algunos desarrollos previos, su análisis del concepto de “ideología de género” como excusa para los ataques contra las feministas y los movimientos LGTBICQ+ lo señala como una suerte de tropo destinado a aglutinar la resistencia hacia políticas igualitarias y de reconocimiento de una variedad de derechos, la demanda de fronteras cerradas y la expresión de insatisfacción ante el orden global (Hemmings, 2022). El discurso antigénero se sostiene así en una fantasía utópica de la bancarrota del presente y del futuro para volver a una diferencia sexual naturalizada (Hemmings, 2022). En tren de indagar en esta cuestión Hemmings desarrolla el concepto de “ficciones afectivas” (Hemmings, 2020) donde se enviste afectivamente una idea o promesa con algo que no puede cumplir pero que conlleva a una certeza ontológica en el contexto de la incertidumbre global. Es, en los términos presentados antes, una puesta en juego de la ansiedad por apearse a determinadas —e imaginadas— experiencias del pasado a través de la circulación de emociones/afectos originarios y, por ello, supuestamente más auténticos y así más legítimos.

Es retomando algunas de estas cuestiones que el reciente análisis de Judith Butler (2024) ha hecho foco en el rol del miedo como emoción pública clave a la hora de explorar la constitución de los grupos de la nueva derecha. Según su perspectiva, el género se ha transformado en una suerte de espectro para los regímenes autoritarios emergentes, las formaciones fascistas y los feminismos transexcluyentes. Se trata, justamente, de un fantasma que recoge y desplaza ansiedades y miedos de destrucción. Operando a través de reconstrucciones engañosas de la teoría crítica de la raza y el pánico xenófobo sobre la inmigración, el movimiento antigénero demoniza las luchas por la igualdad, impulsa un nacionalismo agresivo y deja millones de personas vulnerables a la sujeción. La investigación butleriana sobre el tema ha delineado también una categoría particularmente relevante para el argumento de estas páginas como es la de “pasiones fascistas”: una dimensión descrita por los propios activistas y propulsores de las nuevas derechas radicales como pretendidamente auténtica e incontrolable de la subjetividad, puesta en circulación sin aceptar ningún tipo de mediación. Es decir que la apelación a una instancia de visceralidad (Wilson, 2015) o de un orden afectivo que quede por fuera de la captación del lenguaje (Massumi, 2002) deviene en la justificación para este tipo de perspectiva política y no ya de estrategias emancipatorias. Allí reside, de hecho, gran parte de su éxito. No en la evocación o puesta en circulación en sí de emociones específicas,

sino en la apelación a una instancia ajena a una lógica emancipatoria que se interpreta como opresora de las propias pasiones fascistas.

Tal como señala Butler, el fenómeno debe ser leído a la luz de los efectos de políticas neoliberales sostenidas en la generación de una inseguridad radical con respecto al futuro y el deterioro de las condiciones de vida a través de mecanismos individualistas y de aislamiento. (Butler, 2024: 257). Sin embargo, tal como reconoce también Butler, esa tensión no se traduce en una perspectiva unificada: hay movimientos conservadores que se sostienen en un enfrentamiento al neoliberalismo y, en particular, al individualismo al que asocian al feminismo, y otros que establecen una alianza con el propio neoliberalismo o, como en el caso argentino, con el anarcocapitalismo. El “lenguaje de la erradicación” (Butler, 2024: 262) en el que se sostienen los movimientos “antigénero” que caracteriza a las nuevas derechas radicales busca imponer un orden afectivo entendido como una instancia que no puede ser domesticada ni fosilizada. Se trata de una matriz política que, en la reivindicación de sus componentes plebeyos (Vázquez, 2024: 117), resulta capaz incluso de hacer uso explícito de la crueldad (Ipar, 2024: 147) a la hora de intentar revertir el supuesto *status* de sus adherentes como víctimas del progresismo (Vázquez, 2024: 94). La apelación a la figura del león en el milerismo argentino evoca, entonces, no solo ese lenguaje de la erradicación aludido por Butler, sino también la ferocidad explícitamente fuera de cualquier control posible encarnada en sus líderes.

Así como el enlazamiento entre cuerpo/afecto/intensidad y lenguaje obliga a pensar los procesos emancipatorios no como develamiento de un orden más auténtico anterior en términos lógicos a la constitución de la emocionalidad, sino en tanto generación de lazos nuevos entre esas dos instancias que desafíen el poder de la normatividad cisheteropatriarcal, disolver la lógica antigénero de la derecha radical obliga a subrayar la dimensión política de ese lazo y a intervenir buscando, nuevamente, alterar esta nueva versión de la configuración afectiva cisheteropatriarcal. Ante la vindicación de un exceso espontáneo, auténtico y visceral de un orden supuestamente no captado por los “progresismos” y la “ideología de género”, solo cabe la imposición de otra lógica de poder capaz de alterarla.

Lo relevante entonces no es tanto si la ira, el asco o el hartazgo son responsables de multiplicación de las nuevas derechas —podrían serlo de cualquier otro movimiento político—, sino el modo en que se hace uso de esas referencias a la autenticidad, intensidad y exceso del afecto —o, eventualmente, de esas mismas emociones— como una instancia inmanejable

que no debe ser captada por el artificio de los símbolos sociales “progresistas”, legitimando así discursos antiigualitarios. Una suerte de tierra prometida del pasado/futuro que amerita infinitos martirios para así lograr su definitiva re/instauración. Sabemos, además, que ese es el pasado —pero también el presente— en el que los varones cis han alegado siempre la imposibilidad de reprimir sus afectos/emociones a la hora de justificar distintas formas de la opresión cisheteropatriarcal. Se trata así de la evocación de un orden afectivo que expresa, a la vez, desesperación y desorientación, y donde la resignación puede ser confundida muy fácilmente con la esperanza.

Referencias

- Ahmed, S. (2004). *The Cultural Politics of Emotions*. Routledge.
- Butler, J. (2024). *Who's afraid of gender?* Farrar, Straus & Giroux.
- Graf, A., Kapur, R. y Walters, S. D. (2019). Introduction: Gender and the Rise of the Global Right. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 14, núm. 3, pp. 541-560.
- Hemmings, C. (2020). Unnatural feelings. The affective life of ‘anti-gender’ mobilisations. *Radical Philosophy*, vol. 2.09, pp. 27-39.
- Hemmings, C. (2022). But I thought we'd already won that argument!: ‘Anti-gender’ mobilizations, affect and temporality. *Feminist Studies*, vol. 48, núm. 3, pp. 594-615.
- Illouz, E. (2023). *La vida emocional del populismo. Cómo el miedo, el asco, el resentimiento y el amor socavan la democracia*. Katz.
- Ipar, E. (2024). Las derechas radicales y las políticas de la crueldad. Grimson, A. (ed.), *Desquiciados*. Siglo Veintiuno.
- Losiggio, D. (2021). Depicting ‘Gender Ideology’ as Affective and Arbitrary: Organized Actions Against Sexual and Gender Rights in Latin America Today. Macón, C., Solana, M. y Vacarezza, N. (eds.), *Affect, Gender and Sexuality in Latin America*. Palgrave.
- Macón, C. (2021). *Desafiar el sentir. Feminismo, historia y rebelión*. Omnívora.
- Massumi, B. (2002). The Autonomy of Affect. *Parables of the virtual*. Duke University.
- Ngai, S. (2007). *Ugly Feelings*. Harvard University.
- Solana, M. (2020). Afectos y emociones: ¿Una distinción útil? *Diferencia(s)*, núm. 10, pp. 29-40.
- Strobl, N. (2022). *La nueva derecha. Un análisis del conservadurismo radicalizado*. Katz.
- Traverso, E. (2021). *Las nuevas caras de la derecha*. Siglo Veintiuno.
- Vázquez, M. (2024). Los picantes del liberalismo. Jóvenes militantes de Milei y ‘nuevas derechas’. Semán, P. (coord.), *Está entre nosotros*. Siglo Veintiuno.
- Wilson, E. (2015). *Gut Feminism*. Duke University.
- Young, J. (2011). El pánico moral. Sus orígenes en la resistencia, el *ressentiment* y la traducción de la fantasía en realidad. *Delito y sociedad*, vol. 31, pp. 7-21.